

—Es preciso destruir el puente, á fin de que ninguno de nosotros lo vuelva á pasar.

Aquellas palabras, que no se sabe cómo se le escaparon, causaron al ejército profundo terror.

Hubiera podido muy bien calmarlo, prosiguiendo la arenga y esplicando su idea; pero creyó que era vergonzoso para un general el dar esplicaciones á sus soldados y pasó inmediatamente al sacrificio.

En fin, y como si los presagios hubieran querido advertirle hasta lo último, cual si la Fortuna, asustada, quisiera suplicarle ella misma que renunciase á su proyecto, en el momento en que el adivino le presentaba las entrañas, estas se le deslizaron de las manos y cayeron al suelo.

—Hé ahí lo que es la vejez! dijo Craso; pero tranquilizaos, soldados, á vosotros no se os caerán las armas de las manos.—Una vez terminado el sacrificio, el ejército, triste y taciturno, prosiguió la marcha á lo largo del rio. No hubo un solo romano á quien aquella serie de presagios no hubiera causado profunda impresion. Solo los galos continuaban riendo y cantando, y como los romanos les dijese:

—¿Vosotros no temeis nada?

—Sí, les contestaban, tememos que el cielo se caiga y nos coja debajo.

Era, en efecto, el único temor de aquellos hombres.

XIII

El ejército seguía la orilla del rio.

Craso tenía siete legiones de infantería, algo menos de cuatro mil caballos y casi otros tantos vélites.

Estos eran gladiadores acostumbrados á combatir con los leones.

Pero iban á tener que habérselas con un enemigo mas peligroso aún que aquellos animales: los partos.

Durante aquella marcha volvieron los exploradores que habían ido de descubierta.

Anunciaban que la llanura estaba desnuda y desierta en todo lo que podía alcanzar la vista, pero que la tierra estaba llena de huellas de caballos que habían vuelto para atrás.

Aquella noticia confirmaba las esperanzas de Craso, que decía que los partos no osarian nunca esperar á los romanos.

Pero Casio intervino por vigésima vez, repitiéndole su súplica de no continuar avanzando; que si no quería retirarse enteramente, y huir ante un adversario que huía también, podía llevar su ejército á una de las ciudades que tenía ocupadas, y esperar allí noticias ciertas sobre su enemigo.

Si Craso se empeñaba en no adoptar aquel partido, por considerarlo demasiado prudente, quedaba aún el recurso de dirigirse sobre Seleucia, siguiendo las orillas del río; de ese modo marcharía en conserva con sus buques de transporte. En cada campamento el río proporcionaría el agua, y los buques darían los víveres, con lo cual no carecerían de nada. Además, el Eufrates, cubriendo á los romanos por un lado, impediría que fuesen nunca envueltos; y en caso de que los partos llegasen á presentar batalla, combatirían con igual ventaja, teniendo al enemigo de frente.

Las instancias de Casio habían hecho que el tribuno llegase á examinar aquel plan, y quizá se disponía á seguirlo, cuando se vió aparecer á lo lejos un jinete que avanzaba por la llanura, con tal rapidez, que parecía que su caballo tenía alas.

Se dirigía en línea recta á los romanos.

Era un jefe de tribu árabe que, según Plutarco, se llamaba Ariamnes; según Appiano, Acaro, y según Dion, Augaso.

Varios soldados que habían servido á las órdenes de Pompeyo lo reconocieron, manifestando que había prestado grandes servicios á aquel general.

Se presentaba como un antiguo amigo de los romanos, perseguido por los persas á causa de aquella amistad y diciendo que iba á hacer un favor á Craso, que él solo valía tanto como todos los que había hecho á Pompeyo.

Se comprometía á servirle de guía á través del desierto y hacer de modo que sorprendiera á los partos.

Desgraciadamente Craso lo creyó.

Verdad es que el bárbaro, por más que lo fuera, se había conducido de un modo admirable.

Había empezado por hacer el elogio de Pompeyo, que decía ser su bienhechor; después, pareciendo estasiado ante el ejército de Craso, se había deshecho en lisonjas, tanto de él como de su jefe.

Ante semejante ejército era imposible que todos los de Orodes pudieran resistir ni una hora.

La cuestión era llegar adonde estaban los partos, los cuales se ocultaban; y lograr eso sin su auxilio no era en manera alguna posible.

Estaban retirados en el interior del país y mientras los romanos siguiesen la orilla del río les volverían la espalda ó poco menos.

Además, ¿á qué seguir orillando el río? ¿no estaba-

ba el país cruzado donde quiera por cursos de agua? Según él, no había momento que perder.

Los partos que habían oído hablar de Craso y de su ejército, ni siquiera soñaban en esperarlo.

En aquel momento se hallaban ocupados en reunir á toda prisa sus tesoros, cuanto tenían de mas precioso en bienes y en hombres, despues, como una bandada de pájaros asustados, remontarian el vuelo hácia la Hircania y la Escitia.

Todo aquello, sin embargo, no era sino una astucia árabe.

Orodes había dividido su ejército en dos cuerpos.

Con uno devastaba él la Armenia, para vengarse de aquel Artabazo que había ido á ofrecer su auxilio á Craso, y con el otro, un simple general, un *surena*,—aquí tambien los romanos toman el título por el nombre,—debía esperar que Ariamnes le entregase á Craso y sus romanos.

Verdad es que aquel Surena no era un hombre vulgar.

Por su nacimiento, su riqueza y su valor era el primero despues del rey.

En astucia y habilidad, esas dos grandes virtudes de los pueblos nómades del Yemen, de la Asiria y de la Mesopotamia, escedía á los mas hábiles y mas astutos de su tiempo.

En estatura y en belleza no tenía igual.

Cuando viajaba llevaba, cual otro César, cien camellos cargados de equipaje, y ademas doscientos carros en que iban sus concubinas, en lo cual sobrepujaba al gobernador de las Galias.

Mil hombres de caballería pesada y cinco ó seis mil de ligera formaban su escolta ordinaria, que con los criados y los esclavos no bajaba nunca de diez mil individuos.

Por lo que hace á su nacimiento, era tan elevado, que tenía el cargo de poner la banda á los reyes á su advenimiento.

El que reinaba entonces había sido espulsado algun tiempo antes. El Surena había ido á buscarlo al destierro con su guardia personal y lo había reinstalado en el trono.

La ciudad de Seleucia se había obstinado en la rebelion y el Surena lo había tomado por asalto, siendo el primero que había subido á las murallas.

No tenía mas que treinta años, era en extremo hermoso, como hemos dicho, y aumentaba su belleza pintándose los ojos, dándose colorete y perfumándose como una mujer.

Tal era el hombre con quien Craso tenía que habérselas.

Craso, que se creía tan hábil y tan astuto como el primero del mundo, ignorando que el europeo mas as-

tuto y mas hábil es un niño comparado con un árabe, cometió la inmensa falta de confiar en su guía.

Este le dejó seguir el curso del rio durante algun tiempo mas, y luego lo llevó, poco á poco, por un camino hermoso y fácil, al interior del país, haciéndolo acampar cerca de arroyos ó cisternas que por el pronto dieron agua en abundancia: despues, poco á poco tambien, lo separó de los cursos de agua, y el camino se hizo montañoso y difícil. Los soldados se quejaron al guía, el cual les contestó que aquel no era mas que un corto espacio que era preciso atravesar, y que los romanos eran hombres demasiado experimentados y prácticos en los trabajos de la guerra para no saber que en todas las regiones habia pasos difíciles y fatigosos.

Por fin llegaron á una llanura inmensa, sin árboles, sin agua, sin verdura.

No habia mas que atravesar aquella llanura para llegar adonde estaban los partos. Se empeñaron en ella y caminaron sobre una arena ardiente que abrasaba á la vez los piés y los ojos: cuanto mas avanzaban, mas profundo y movedizo era el suelo que pisaban. Los soldados se enterraban en él hasta la rodilla, y merced á sus pesadas armaduras parecian esponerse á cada paso á ser completamente sumergidos.

Recordaban el ejército de Cambises, devorado por los arenales egipcios, y empezaban á temer una suer-

te igual. Solo los galos, que combatian casi sin armas defensivas, y que soportaban medio desnudos el frio y el calor, conservaban su alegría; pero los romanos lanzaban verdaderos lamentos, viendo aquellas olas de arena que se movian como el mar, y que se estendian en inconmensurables horizontes, sin una sola planta, sin una sola colina, sin un solo arroyo.

El ejército se moria de sed.

En aquel estado se hallaban cuando llegaron correos del armenio Artabazo. Hacia decir á Craso que, detenido por su guerra contra Orodes, le era imposible ir á reunirse con él, pero que le invitaba á hacer lo que él no podia, esto es, á caer sobre la Armenia. Si no queria verificar aquella maniobra, le aconsejaba evitar en sus marchas y campamentos los lugares á propósito para las evoluciones de caballería, diciéndole que era prudente que siguiese las regiones montañosas, donde podria sacar todo el partido posible de sus infantes.

Pero Craso, furioso consigo mismo, contestó de viva voz que tenia otras cosas que hacer mas que ocuparse de los armenios, y que únicamente prevenia á su rey que iba á empezar por destruir á los partos, y que despues caeria sobre la Armenia.

Los embajadores se retiraron, llevándose aquellas amenazas, aunque bien seguros de que Craso no se veria nunca en estado de cumplirlas.

XIV

Craso volvió á ponerse en camino.

Parecia estar ciego, y los principales gefes del ejército compartian su confianza.

Solo, entre todos; el tribuno Casio tenia el presentimiento de la traicion; á cada momento suplicaba á Craso que se volviese, ó se detuviese al menos; y cuando veia al procónsul empeñarse en penetrar mas y mas en aquel desierto de arena buscaba á Ariamnes y lo apostrofaba.

—Oh! traidor y perverso entre todos los hombres! le decia, ¿qué mal genio te ha conducido hácia nosotros, y qué filtro mágico, qué breverage maldito has dado á Craso, que ha perdido la razon y nos hace atravesar tales soledades que mas parece que marchamos guiados por un gefe de bandidos nómades que á las órdenes de un imperator romano?

El traidor entonces, cayendo á los piés de Casio, le juraba estar en el camino recto y bueno, suplicándole tener paciencia por algun tiempo mas y asegurándole que al dia siguiente cambiaria el aspecto del país.

Aquello reanimaba algo los espíritus y el ejército seguia avanzando; y la fatiga y la sed de los soldados aumentaba de tal modo, que unos caian muertos como heridos del rayo y otros se volvian locos.

Luego, cuando el árabe se veia libre de Casio, recorría las filas de los soldados romanos, dirigiéndoles frases de burla, y cuando ellos se lamentaban pidiendo agua, ó cuando menos sombra:

—Vaya! les decia, ¿creeis estar viajando aún por los llanos de la Campania para pedir así fuentes y bosquecillos? ¿Por qué no tambien baños y posadas? ¿Olvidais dónde estais y que atravesais las fronteras de los árabes y de los asirios?

Cuando los soldados oian á aquel hombre hablarles de aquel modo con su mal latin y su acento gutural, viéndolo hijo del desierto, insensible al calor, á la fatiga, y á la sed, caracoleando sobre su caballo en un torbellino de arena, reflejando sobre las escamas de su coraza los ardientes rayos del astro del dia, les parecia un demonio salido del infierno que los llevaba á su perdicion sin que ellos tuvieran, aunque quisieran, poder alguno para librarse de él.

Luego una mañana, en el momento de partir lo buscaron y lo llamaron en vano.

Habia desaparecido.

Aquel mismo día salió Craso de su tienda, no vestido de púrpura, como acostumbraban los generales romanos, sino de negro.

En la oscuridad se había engañado de traje.

Así que notó su error volvió á entrar en la tienda; pero ya muchos habían tenido tiempo de verlo y el rumor de aquella fúnebre aparición, se esparció por todo el ejército como un presagio nefasto.

Todos llamaban á gritos á Ariamnes. Aquel hombre, á quien maldecían á cada paso cuando los acompañaba, no había uno que no lo echara de menos una vez que había desaparecido.

Para tranquilizar á los soldados, anunció Craso que Ariamnes se había ausentado con su conocimiento, á fin de hacer caer á los partos en una emboscada.

En seguida dió orden de marchar; pero aunque las insignias estuviesen clavadas en arena movediza costó gran trabajo arrancarlas.

Craso acudió allí al momento, se rió de los temores de los soldados y arrancó él mismo algunas insignias, apresurando la marcha y obligando á la infantería á seguir á la carrera á la caballería, á fin

de alcanzar la vanguardia, que había salido del campamento al amanecer.

Pero de repente se vió volver aquella vanguardia, ó mas bien sus restos, en un desorden espantoso.

Había sido atacada por el enemigo y había perdido las tres cuartas partes de su gente.

Los partos, decían los fugitivos, venían tras ellos llenos de confianza.

Aquel enemigo, cuya presencia se había deseado tantas veces, despues de los acontecimientos que habían tenido lugar, se le veía llegar con terror.

Craso, fuera de sí, puso apresuradamente su ejército en batalla; siguiendo los consejos de Casio, lo ordenó al pronto aminorando el espesor de las legiones de infantería á fin de que se estendiesen lo mas posible en la llanura.

Despues distribuyó en las alas la caballería.

De aquel modo era casi imposible que el ejército fuese envuelto.

Pero en breve, cual si su mal genio no hubiera querido dejarle probabilidad alguna de salvacion, cambió de plan, reforzó las cohortes y formó un gran cuadro que hacia frente á todos lados, componiéndose cada frente de doce cohortes.

Entre cada una de estas estaba colocada una fuerza de caballería, de modo que pudiese lanzarse há-

cia adelante y la masa avanzar del propio modo, estando igualmente defendida por todos lados.

Una de las alas fué confiada á Casio y la otra al jóven Craso.

El imperator tomó el mando del centro.

Formados de aquel modo, se pusieron en marcha; por una felicidad inesperada llegaron al cabo de una hora á orillas de un arroyo que los romanos supieron despues que se llamaba Baliso.

Tenia poca agua, pero la bastante, sin embargo, para apagar la sed de los soldados que sucumbiendo al calor y á la fatiga, recobraron algunas fuerzas.‡

Entonces los oficiales, queriendo aprovechar aquella suerte que habian tenido, tan rara en el desierto que acababan de atravesar, hicieron preguntar á Craso si no creia acertado detenerse allí, haciendo armar las tiendas.

Pero Craso, animado por las exortaciones de su hijo, que ansiaba entrar en batalla, concedió solo un alto de media hora, mandando que los soldados comiesen de pié y sin abandonar las filas.

Despues, aun antes de que hubiesen acabado de comer, ordené que se pusiesen de nuevo en marcha, y no al paso y deteniéndose de tiempo en tiempo como es costumbre cuando se avanza para combatir, sino rápidamente y seguido hasta hallarse en frente del enemigo.

Por fin percibieron á aquel á quien habian ido á buscar desde tan lejos y que tanto trabajo les habia costado encontrar.

Pero al pronto era mucho menos formidable en aspecto y mucho menos numeroso de lo que habian creido.

Era que el Surena habia colocado masas espesas detras de las primeras filas, y hecho cubrir el brillo de las armas con telas y con pieles.

Craso marchó derecho al enemigo, y llegado á la distancia de dos tiros de flecha, hizo dar la señal del combate.

Se hubiera dicho que aquella señal era no solo para los romanos sino tambien para los partos.

En el mismo instante llenó la llanura un clamor terrible y un estrépito horroroso.

Aquel estrépito era parecido al del trueno, y los romanos, acostumbrados á las trompetas y los clarines, se preguntaban qué instrumento podia producirlo: de cuando en cuando creian oír rugidos de animales feroces, mezclados con estrépitos de rayos.

Aquel espantoso ruido procedia de jarros de metal que el enemigo golpeaba con martillos cubiertos de cuero.

“Pues aquellos bárbaros, dice Plutarco, habian observado que el sentido del oido es el que mas fácilmente turba la vista, conmueve mas pronto las pa-

siones y trasporta mas violentamente al hombre fuera de sí mismo."

A aquel ruido los romanos se detuvieron llenos de estupor; al mismo tiempo los bárbaros, arrojando las telas y las pieles que cubrían sus armas, se extendieron por la llanura, que pareció cubrirse de olas de llamas.

A su frente estaba el Surena, cubierto con una armadura dorada y caracoleando sobre un caballo tan resplandeciente, que parecía desenganchado del carro del sol.

Los romanos comprendieron que habia llegado la hora de una lucha encarnizada, mortal; sin embargo, estaban muy lejos de figurarse al enemigo con quien tenían que habérselas.

Los partos avanzaron lanzando grandes gritos para atacar á los romanos con sus picas; eran tan numerosos que era inútil tratar de calcular su número.

Llegaron hasta cien pasos de los soldados de Craso; pero cuando vieron la profundidad de las filas de sus enemigos, y que, gracias á sus escudos, pegados unos á otros, todos aquellos hombres formaban una muralla impenetrable, rompieron la formacion, desandaron lo andado y se dispersaron.

Los romanos no comprendían absolutamente aquella retirada; era evidente que el asunto no habia ter-

minado, y que el enemigo efectuaba alguna manobra cuya esplicacion iban á tener en breve.

En efecto, pronto vieron elevarse á su alrededor, á cosa de un cuarto de legua de distancia, un inmenso círculo de polvo que se acercaba con rapidez y de enmedio del cual salian especies de relámpagos, al par que los terribles martillos, resonando sobre los jarros de metal continuaban simulando el rayo.

Craso comprendió que querian ahogarlo con un collar de hierro.

Entonces echó por delante á los vélites, mandándoles romper los anillos de aquella cadena.

Se les vió avanzar, atacar y despues retroceder en desórden..... Algunos volvian con los brazos, las piernas y hasta el cuerpo pasados de lado á lado por flechas de cinco piés de largo!

Los soldados observaron con espanto que aquellas flechas habian atravesado los escudos y las corazas.

Los partos se detuvieron á cosa de trescientos pasos de los romanos.

Luego el dia pareció oscurecerse bajo una nube de flechas; despues se oyó como un grito de dolor lanzado por quinientos pechos á la vez.

Era la muerte que empezaba su obra, abriendo en las filas romanas terribles heridas.

XV.

Durante algunos instantes, de esos que son eternidades, los partos continuaron lanzando sus flechas de todos lados á la vez, sin siquiera tomarse el trabajo de apuntar; tan compacta era la masa que presentaban los romanos, merced al órden de batalla en que los habia puesto Craso.

Cada una de aquellas flechas daba, pues, en un blanco vivo, palpitante, humano.

Los golpes eran de una violencia extrema.

Los arcos eran tan poderosos, tan grandes, de una curvatura tan flexible, que lanzaban las flechas con irresistible impetuosidad.

La situacion era espantosa.

Si permanecian en su puesto los romanos, eran acribillados sin desquite; si trataban de avanzar el punto del círculo que atacaban cedia ante ellos, y los

enemigos que se retiraban esquivando su ataque, les lanzaban flechas al par que se retiraban, mientras que los que quedaban sin moverse, los herian por los dos lados que dejaban descubiertos.

Un ejército entero se veia cogido como en una ratonera.

Sin embargo, aun quedaba una esperanza á los romanos, y era que cuando los partos hubieran agotado sus carcajes se retirarian.

Pero aquella esperanza no duró mucho tiempo.

Camellos cargados de flechas circularon por las filas y los carcajes vacíos volvieron á llenarse.

Entonces conoció Craso la profundidad del abismo en que habia caido.

Al punto envió un ordenanza á su hijo.

Publio tenia á sus órdenes mucha caballería, y ademas aquellos galos que combatian medio desnudos y cuyos piés eran casi tan ligeros como los de los caballos.

Era preciso empeñar un combate cuerpo á cuerpo, costare lo que costare.

El jóven, rugiendo como un leon rodeado por los cazadores, no esperaba mas que aquel momento.

Cogió mil trescientos ginetes, entre ellos los mil que le habia cedido César, y ocho cohortes de soldados, mitad romanos y mitad galos, y se lanzó sobre los partos que caracoleaban á su lado.

Estos, sea que no quisiesen resistir el choque, ó que obedeciesen órdenes del surena, cedieron el campo al instante.

—¡Huyen! gritó Publio Craso.

—¡Huyen! repitieron los soldados.

Y ginetes é infantes se pusieron á perseguir al enemigo.

Al frente de aquellos soldados, que parecían lanzarse furiosamente á la muerte, iban Censorino y Megabacco,—un romano y un bárbaro, como sus nombres lo indican al menos,—“notable el uno por su dignidad sepatorial y su elocuencia, dice Plutarco, y el otro por su valor y su fuerza,” ambos amigos de Publio, y de su misma edad.

Segun habia pensado el jóven gefe, la infantería no se quedó atrás.

Sin duda debió ser una hermosa carrera la verificada á través del desierto por aquellos caballeros romanos y aquellos jóvenes galos de largos cabellos blondos y bustos medio desnudos, que se lanzaban risueños en busca del peligro y que una vez que lo hallaban luchaban con él y caían sin retroceder jamas un paso. Así acababan de caer en el otro extremo del mundo, bajo el hierro de los soldados de César, sesenta mil nervianos.

Pero entonces eran los romanos los que debían perecer y los bárbaros triunfar.

Cuando los partos vieron á los que los perseguían fuera de toda comunicacion con el resto del ejército, se detuvieron:

Los romanos se detuvieron tambien, creyendo que viéndolos en tan corto número sus enemigos no rehuirían un combate cuerpo á cuerpo.

Pero no sucedió así.

Los partos habian adoptado una clase de combate que no querían abandonar.

Su caballería pesada se mantuvo firme en efecto; pero, ¿qué podían romanos y galos con sus javalinas de tres piés y sus cortas espadas contra hombres cubiertos de cuero y hierro?

Ademas, la caballería ligera los habia rodeado completamente.

Un mar de abrasada arena se habia levantado á su alrededor, y aquella ardiente nube los cegaba y ahogaba á la vez.

Luego, de en medio de aquella nube salían incessantemente las terribles flechas ya descritas, esto es, la muerte; pero no una muerte pronta y dulce, sino lenta y atroz.

Los romanos se sentían heridos y no veían donde herir.

Era el rayo, mortal aunque invisible.

Los soldados daban vueltas en continuos círculos, cayendo y levantándose, con esa especie de instinto

que hace al hombre buscar al hombre, se apoyaban los unos en los otros y de ese modo presentaban el mismo blanco palpitante que á una legua de distancia seguía ofreciendo al enemigo el grueso del ejército.

Los heridos se revolcaban en la abrasada arena, rompiendo en el cuerpo las flechas de que estaban acribillados; otros trataban de arrancárselas ellos mismos ó de hacerlas arrancar por sus compañeros, y todos sus miembros se estremecían con insoportables dolores al desgarrar sus carnes los encorvados hierros; por do quiera se oían rugidos como en un circo; verdaderos rugidos de animales; no lamentos y quejidos de hombres.

En medio de aquella terrible lucha y aquel espantoso tumulto, Publio dió orden de cargar al enemigo; pero los soldados le mostraron los brazos clavados á los escudos, los escudos clavados á los cuerpos y hasta los piés clavados al suelo; de modo que no podían atacar, ni huir, y algunos ni siquiera caer.

Entonces se lanzó él, desesperado, hácia adelante, con los pocos hombres que estaban aún intactos, y logró alcanzar la caballería pesada pártica.

Pero las armas de los romanos, demasiado débiles, se estrellaban contra aquellos ginetes y aquellos caballos cubiertos de hierro.

Los galos, con quienes Publio había contado con-

fiadamente, fueron dignos de sí mismos. Los partos herían con sus picas á aquellos hombres de cabeza, pecho y brazos desnudos, y ellos se agarraban á los ginetes, los derribaban de sus monturas, y, no pudiendo herirlos, los ahogaban con las manos; otros se deslizaban bajo el vientre de los caballos, buscando un punto desarmado, y en cuanto lo hallaban hundían en él su espada corta, que revolvían dentro de las entrañas del animal hasta que caía ó lanzaba al suelo su ginete; las mas de las veces el bruto, pifando de dolor, aplastaba bajo sus piés galos y partos, que morían abrazados por el ódio cual amantes unidos por el amor.

En medio de todo eso, la sed devoradora, que hacía sufrir aun más que las mismas heridas, sobre todo á aquellos galos acostumbrados á anchos rios y límpidos arroyos.

Al cabo de una hora de espantosa, carnicería no quedaba ya de todo aquel cuerpo de ejército mas que doscientos ó trescientos hombres.

Pensaron entonces en retirarse y echaron una mirada á su alrededor.

Publio, herido en tres lados, permanecía aún sobre su caballo, acribillado de flechas.

Se agruparon en torno de él.

A pocos pasos del campo de batalla se alzaba una colina de arena.

Por un hábito de estrategia, los sobrevivientes se retiraron y agruparon sobre ella, poniendo en el centro los caballos.

Luego se estrecharon unos contra otros uniendo y presentando sus escudos como una muralla.

De ese modo creían rechazar más fácilmente los ataques de los bárbaros.

Pero se engañaban; sucedió todo lo contrario.

En la llanura, la primera fila protegía á la segunda y esta á la tercera.

Allí, la desigualdad del terreno hacía elevar la segunda fila por encima de la primera y la tercera por encima de la segunda; de modo que los de detras estaban tan espuestos como los de delante.

Vieron la falta que habían cometido, pero ya era demasiado tarde para repararla.

Los soldados miraron á Publio, como para buscar en sus ojos una última esperanza.

—Muramos! les dijo aquel.

Y los soldados repitieron resignados:

—Muramos!

Y esperaron los golpes que no podían devolver.

Había entre todos aquellos hombres condenados por Ateyo á los dioses infernales, dos griegos, dos habitantes de la ciudad de Charres, llamados Gerónimo y Nicomaco, los cuales aconsejaban á Publio que se abriese paso rompiendo la muralla que lo cercaba,

y huyese, por caminos que ellos conocían, hácia Ichnes, ciudad situada sobre el Eufrates.

Una vez en aquella ciudad, que había tomado el partido de los romanos, su salvación era segura.

Publio miró en su rededor.

Vió el campo de batalla lleno de muertos y moribundos, y á la mayor parte de los que aun estaban á su lado heridos é incapaces de seguirle.

—No, contestó á los dos griegos, me quedaré aquí.

—Pero si te quedas, replicaron aquellos, la muerte es inevitable.

—No hay muerte bastante terrible, repuso el joven, que haga abandonar á Publio á aquellos que mueren con él. Vosotros, añadió, sois griegos, y no romanos; así, pues, huid.

Y tendiéndoles la mano izquierda, —tenía la derecha atravesada por una flecha, —los despidió.

Los dos griegos lanzaron sus caballos á galope, y desaparecieron en el torbellino de polvo que levantaron los partos corriendo detras de ellos.

Uno se salvó y llegó á Ichnes, donde refirió lo que había sucedido á los romanos, cómo se había separado de Publio y las últimas palabras que el noble joven les había dicho.

Una vez idos aquellos hombres, Publio se volvió hácia sus soldados.

—Ahora, les dijo, como no nos queda ya mas que morir, que cada uno lo haga del modo que quiera.

Y como no podia matarse él mismo, por estar herido en la mano, presentó la union de la coraza á su escudero, el cual le hundi6 la espada en el costado izquierdo.

Publio exhal6 un suspiro y cay6.

Censarino muri6 del propio modo.

Megabacco se mat6 el mismo.

Los que quedaban se hicieron matar hasta el último, excepto algunos que sus enemigos cogieron vivos, y los cuales dieron despues los detalles de aquella espantosa catástrofe.

Habiendo sabido los partos per aquellos prisioneros el rango del jóven Publio Craso, le cortaron la cabeza, la pusieron en la punta de una pica, y marcharon contra el grueso del ejército romano.

XVI

La carga intentada por Publio contra los partos, habia proporcionado al menos un pequeño descanso al ejército.

Viéndose Craso menos acosado que antes, habia ordenado de nuevo sus tropas, y conservando la misma formacion se habia puesto en retirada hácia una série de colinas que podian en cierto modo debilitar el empuje de la caballería parta.

Sus ojos se dirigian constantemente, movidos por una doble esperanza, hácia el punto por donde habia desaparecido su hijo y por el cual esperaba verlo volver.

Publio, por su parte, habia despachado varios correos á su padre pidiéndole auxilio; pero los primeros que habia mandado habian caido bajo las flechas del enemigo.